

Literatura, diplomacia y nostalgia

Adolfo Gilly *

Hay una pintura de René Magritte donde se ve, de espaldas, a un hombre vestido de traje acodado en el barandal de un puente y mirando a lo lejos sobre el río; echado a su costado, indiferente pero atento, un hermoso león. Se llama *Le mal du pays*, es decir, *La nostalgia*.

De la nostalgia del intelectual diplomático habla el libro de Andrés Ordóñez, *Devoradores de ciudades*,¹ y de muchas otras cosas que no mencionaré. Por eso, entiendo, su clave está en su título o su título está en clave: Alfonso Reyes llamó a ese intelectual "devorador de ciudades", y así quiso titular su libro Andrés.

El trabajo cotidiano del diplomático, nos dice, "es dar sentido a una situación analizada con minucia". Pero esa tarea debe hacerla, agrega, en una situación de vida marcada

por la omnipresencia de su vida "ausente", esto es, lo que ha dejado en su país de origen y que sigue evolucionando y siendo objeto de su actuación y elaboración. Esta tensión permanente entre lo que vive *de facto* (lo internacional) y lo que vive de manera virtual (lo nacional), afecta su cotidianidad objetiva y subjetiva.

En esa dimensión contradictoria es donde vive la nostalgia del diplomático, sobre todo si éste es intelectual. Se me dirá que esa nostalgia es propia de todo aquel lejano de su tierra y por eso en francés se llama *le mal du pays*. Sí. Pero en las ciudades donde habita por fuerza el diplomático, donde él siente que su deber es encarnar a su país, ese suave dolor de ausencia se vuelve omnipresente.

* Historiador y escritor. Articulista del diario *La Jornada*

El político en función diplomática lo vive a su manera: le falta su país, es cierto, pero sobre todo la *grilla* política, de la cual se ve alejado mientras se prolonga su estado de desgracia con el régimen al cual representa.

El intelectual en la misma función, o el diplomático intelectual, en cambio, es muy posible que viva esa ausencia no tanto como una carencia o una falta sino como un enriquecimiento de su vida en densidad, una oportunidad de ver, de tocar, de conocer. La tensión de que nos habla Andrés Ordóñez, ese mal de ausencia, lo hace más cercano a la figura de Magritte: se acoda en los barandales del Sena o del Moldava y desde allí devora las ciudades, la realidad presente y el horizonte virtual e invisible de su país ausente. Es un personaje habitado por la nostalgia y un devorador de esos paisajes.

Los cuatro personajes de este libro —y sospecho que el autor también— viven en esa dimensión y al mismo tiempo no se desprenden de su país, a cuyo gobierno los liga su encargo y de donde se sigue nutriendo su escritura. Personajes notables, los cuatro: Federico Gamboa, Isidro Fabela, Alfonso Reyes, Octavio Paz. Me ocuparé de aquellos dos más cercanos a mis territorios afectivos, Reyes y Paz.

Vienen de estirpes diferentes. Alfonso Reyes, el de la tersa escritura, es hijo de alta alcurmia porfiriana, del general Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León, caído en el Zócalo en los inicios de la sublevación contra el presidente Madero, dolido por Alfonso en su *Oración del 9 de febrero*. Octavio Paz, el de *Los hijos del limo*, tiene a un intelectual liberal, masón, escritor y porfirista como abuelo, Irineo, y como padre a un inte-



Octavio Paz en Afganistán, 1965

lectual zapatista, Octavio, escritor también, dibujado en *Itinerario* y sobre todo en *Pasado en claro*.

Sus diferentes lugares en la diplomacia mexicana los define bien Andrés Ordóñez. En la primera época, después de la Revolución mexicana y hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, la actividad de los intelectuales en la diplomacia está "vinculada estrechamente a la formulación de la acción internacional de México". En cambio, durante la segunda mitad del siglo XX, nos dice,

los intelectuales diplomáticos asumen la carrera fundamentalmente como un medio para el desarrollo de su actividad reflexiva, lo cual no es ninguna novedad, pero cesa en ellos la voluntad de involucrarse en la construcción de líneas políticas y de estrategia en el nivel internacional.

Para Ordóñez, Alfonso Reyes ilustraría el primer caso, Octavio Paz el segundo.

La contradicción, puesto cada caso al lado del otro, aparece en aquellas situaciones en que la herencia intelectual y vital de cada uno lo coloca en terreno falso respecto al régimen al cual representan en el exterior. El caso de Octavio Paz en 1968 lo ilustra bien Andrés Ordóñez en este libro. El de Alfonso Reyes se me aparece, en el mismo libro, en un encargo como embajador que le hace la picardía —no puedo usar otra palabra— del presidente Álvaro Obregón.

En 1924, cuenta Ordóñez, Reyes regresa a México después de 11 años de ausencia, "en el entendido de estar en tránsito hacia Buenos Aires donde debería asumir la titularidad de la legación

de México en Argentina”, cargo para el cual había sido nombrado en junio de 1924. Su partida se prolonga y, en el ínterin, el canciller Aarón Sáenz lo llama el 18 de septiembre, le pide que se disponga a partir de inmediato con otro destino y lo designa ministro plenipotenciario en misión especial y confidencial ante el gobierno del rey de España, Alfonso XIII. Escribe Ordóñez:

Obregón, a dos meses de concluir su gestión y sabedor del gran cartel de Reyes en España, le encomienda al escritor la delicada tarea de ir a ofrecer a Alfonso XIII los buenos oficios de México para mediar en el conflicto hispano-marroquí.

Este conflicto era nada menos que una revolución colonial contra el reino de España, encabezada por Abd-El-Krim, personaje rebelde admirado entonces por José Vasconcelos en México, José Ingenieros y Alfredo Palacios en Argentina, y todos cuantos consideraban a éstos como “maestros de la juventud” latinoamericana en esos años. Abd-El-Krim, nacido en 1882, hijo de una familia de jefes del Rif, había sido funcionario del régimen colonial español en Marruecos hasta 1920, cuando presentó una protesta ante el gobernador colonial por el trato dado a los marroquíes, fue insultado y abofeteado por éste y expulsado del edificio por sus guardias, se fue al territorio de sus tribus, comprobó su estado de ánimo rebelde —eran los años primeros de la Revolución rusa y de la Revolución mexicana—, inició su armamento, estudió la debilidad de las defensas coloniales españolas y la ineptitud de sus militares, inició una sublevación de las tribus del Rif por la independencia y en julio de 1921 destruyó al ejército colonial español en la batalla de Annual, desde donde inició una serie de victorias que continuaban en 1924. Para ese entonces, Abd-El-Krim fechaba sus partes de guerra en el Cuartel General de la

República del Rif. Puede agregarse que la orden de atacar a los rifeños en Annual había sido enviada directamente por Alfonso XIII al general Silvestre en estos términos: “De frente, marchen los valientes. ¡Viva España!” El desastre de Annual y la rebelión de Abd-El-Krim era, pues, cuestión de orgullo personal para el rey de España.

Alfonso Reyes, enterado de la misión, aconseja prudencia a su gobierno. Ordóñez cita sus razones, tomadas de pasajes de su *Diario*. Son varias. Una



intervención de México en asuntos europeos no sería vista con agrado por Estados Unidos: era peligrosa. España está en Marruecos por un mandato internacional en acuerdo con las potencias europeas, en particular Francia e Inglaterra: el ofrecimiento era inoportuno. Era también ofensivo, pues siendo Marruecos un “Estado vasallo”, le reconocía beligerancia a súbditos alzados. “Entre España y México hay el resentimiento causado por la cuestión agraria”, agregaba Reyes. Si no hay cordialidad y cierto ascendiente del mediador ante las partes en conflicto, el ofrecimiento es “de mal gusto”. “La política africana es una de las llagas más sensibles de la política europea actual” [...] “no está México, por cierto, para que Inglaterra y Francia se dejen tutorear por nosotros”. De la cuestión marroquí, argumenta por fin, “pudiera aún brotar la tan anunciada revolución en España. Es asunto que un Estado extranjero sólo puede tocar con pinzas”.

El razonamiento de Alfonso Reyes es impecable: el escritor habla como diplomático y como hombre de Estado. Sus adjetivos son precisos: dice que el ofrecimiento es peligroso, inoportuno, ofensivo y de mal gusto. Su previsión es justa: la cuestión marroquí fue una de las causas antecedentes de la revolución que en 1931 derribó a la monarquía. Alfonso Reyes agrega, al final de sus razones, el agradecimiento al presidente por la confianza en él depositada y “la certeza de que acataré lo que se me ordene, dentro de la obediencia técnica del servicio diplomático”.

El general Obregón tiene otras razones. El 20 de septiembre, sin más explicaciones, le ordena partir con una carta redactada por Genaro Estrada donde “Obregón da a fe a Alfonso XIII de que lo que diga Reyes es palabra propia”. Después de un viaje sigiloso por varios destinos previos, Nueva York y París entre ellos, Reyes llega a España y se entrevista con el rey el 3 de noviembre de 1924.

Como era de esperar —relata Ordóñez— Alfonso XIII rechaza el ofrecimiento de Obregón, si bien lo hace con delicadeza y elegancia extremas, aduciendo que “las tribus marroquíes no eran un Estado, un gobierno, y no se podía establecer entre ellas y España mediación alguna”.

No puedo dejar de ver en este incidente, donde se contraponen dos ideas del Estado y de la diplomacia, la de estirpe de los Reyes y la de los hijos de la revolución, una de esas ironías a las que era afecto el general Obregón y, además, una larga mirada de estadista.

La primera, la ironía, porque ofrecer la mediación del México revolucionario en un conflicto entre la corona española y una de sus colonias era, en efecto, peligroso, inoportuno, ofensivo y de mal gusto, y no puedo dejar de pensar que es lo que Álvaro Obregón quería —y detrás de él, posiblemente el mismísimo José Vasconcelos—, a menos de un mes de dejar la presidencia, cuando la Revolución

mexicana todavía se quería ejemplo —que no modelo— para América latina y para las colonias en rebelión.

La segunda, la mirada larga, porque finalmente Marruecos conquistó su independencia y Abd-El-Krim, derrotado por la coalición de los ejércitos francés y español en 1926 y deportado a la isla Reunión, logró escapar de ésta 20 años después, se asiló en Egipto en 1947 y, cuatro años antes de su muerte en 1962, fue declarado héroe nacional de Marruecos por el rey Mohammed V.

Para completar y fundir a ambas en una, ironía y mirada, el presidente tiene la cortesía de enviar en la imposible misión ante el rey de España a uno de los mayores escritores mexicanos de esos días, un hombre refinado, educado en una familia de la clase gobernante del antiguo régimen, y un diplomático cuya lúcida visión crítica sobre su propia misión le aseguraba cumplirla, dentro de la disciplina de su cargo, con el tacto, el estilo y el escepticismo propios de este caso. Creo entrever los ojos apenas sonrientes del presidente al recibir el informe sobre el desenlace de este lance e imaginar, porque imaginación tenía, la escena entre los dos Alfonso, el monarca español y el príncipe de las letras mexicano.

*

Muy distinta es la relación de mi otro personaje, Octavio Paz, con su gobierno. No me referiré aquí a su legítimo pedido de pasar a la disponibilidad después de la matanza de Tlatelolco, caso ya conocido y analizado en detalle por Andrés Ordóñez. Tomaré sus inicios en la carrera, allá por 1944 en San Francisco cuando Paz apenas estaba llegando a los 30 años de edad. Como también escribe Ordóñez, es importante analizar “el papel que jugó el ámbito diplomático como vehículo en la constitución del universo intelectual de Paz”. Y esto, agrego aquí, desde sus mismos inicios.

Octavio Paz llegó a San Francisco hacia finales de la Segunda Guerra

Mundial, en noviembre de 1944, con una beca de la Fundación Guggenheim. En octubre de 1944, el canciller Ezequiel Padilla acordó el ingreso de Paz al Servicio Exterior mexicano en calidad de “canciller de tercera”. Allí inicia la carrera de Paz en el servicio, que se prolongaría por cinco lustros y diversos países.

No seguiré aquí su itinerario tal como lo relata *Devoradores de ciudades*. Quiero apenas confirmar, también tomando un caso solo, una reflexión de Ordóñez.



Escribe:

Sin embargo, Paz encarna también una ruptura. Continúa la tradición de los intelectuales diplomáticos, pero su visión de la construcción institucional del país ya carece del entusiasmo de sus colegas de la generación del Ateneo de la Juventud, de la generación de 1915 o de la generación de Contemporáneos *oficialistas* como Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet o José Gorostiza. En Octavio Paz existe una distancia crítica respecto al discurso y a la acción político-institucional. Paz cuenta con una herencia familiar intelectual y política proclive al rompimiento con los dogmas ideológicos.

Es verdad. Pero creo, además, que Octavio Paz viaja al exterior en el momento en que su pensamiento atraviesa una crisis espiritual e intelectual profunda: la caída de sus ilusiones en la Unión Soviética de Stalin después de cuanto vio y oyó en el Congreso de Valencia de 1938 y después de la participación de un grupo de destacados intelectuales mexicanos, amigos suyos hasta entonces, en el atentado de David Alfaro Siqueiros contra León Trotsky en 1940, precursor del asesinato de éste tres meses después.

En *Itinerario*, recuerda Paz:

El atentado acabó con mis dudas y vacilaciones pero me dejó a oscuras sobre el camino que debería seguir. Era imposible continuar colaborando con los estalinistas y sus amigos; al mismo tiempo, ¿qué hacer? Me sentí inerte intelectual y moralmente. Estaba solo. La lesión afectiva no fue menos profunda: tuve que romper con varios amigos queridos. Tampoco alcanzaba a entender los móviles que habían impulsado a Siqueiros a cometer aquel acto execrable. Lo había conocido en España y pronto simpatizamos [...] Tampoco entendí la actitud de varios amigos: uno, Juan de la Cabada, ayudó a ocultar las armas usadas en el ataque; otro, Pablo Neruda, le facilitó la entrada en Chile, a donde fue a refugiarse. La actitud del gobierno mexicano tampoco fue ejemplar: hizo la vista gorda.²

Fueron un momento, unos meses, unos años difíciles para Paz: “Me sentí inerte intelectual y moralmente”, recuerda. Prosigue entonces:

Al comenzar el año de 1942 conocí a un grupo de intelectuales que ejercieron una influencia benéfica en la evolución de mis ideas políticas: Víctor Serge, Benjamín Péret, el escritor Jean Malaquais, Julián Gorkin, dirigente del POUm, y otros [...] El más notable y el de mayor

edad era Víctor Serge [...] La figura de Serge me atrajo inmediatamente. Conversé largamente con él y guardo dos cartas suyas [...] Nada más alejado de la pedantería de los dialécticos que la simpatía humana de Serge, su sencillez y su generosidad. Una inteligencia húmeda. A pesar de los sufrimientos, los descalabros y los largos años de ácidas discusiones políticas, había logrado preservar su humanidad. Lo debía sin duda a sus orígenes anarquistas, también a su gran corazón. No me impresionaron sus ideas, me conmovió su persona. Sabía que mi vida no sería como la suya, la del revolucionario profesional; yo quería ser escritor o, más exactamente, poeta. Pero Víctor Serge fue para mí un ejemplo de la fusión de dos cualidades opuestas: la intransigencia moral e intelectual con la tolerancia y la compasión.

Éste era el estado de ánimo de Paz en vísperas de su partida para San Francisco, donde asistiría a la fundación de las Naciones Unidas, y del inicio de su carrera como diplomático. “Los años que pasé en Estados Unidos fueron ricos poética y vitalmente. En cambio, el intercambio de ideas y opiniones sobre asuntos políticos fue casi nulo”, recuerda más adelante en *Itinerario*. Es allí donde Paz comienza a establecer, para su largo itinerario de los siguientes 25 años, aquello que Andrés Ordóñez llama su “distancia crítica”.

El azar de las búsquedas hizo que a fines del año 2000, estando yo en Yale, encontrara en el archivo de Víctor Serge, maravillosamente conservado en la Beinecke Library, una carta de Octavio Paz fechada precisamente en esos inicios, en Berkeley, octubre de 1944.³ Dicen algunos de sus párrafos:

Querido Víctor Serge: Muchas gracias por su respuesta. Aunque tardía —y quizá precisamente por eso— ha sido doblemente apreciada. Sabíamos

que alguna vez nos contestaría y muchas veces ha sido usted objeto de nuestras conversaciones. Su amistad, en estos tiempos, es una de las pocas cosas que consuelan y dan fe. Porque yo, como usted —y quizás más— soy pesimista en cuanto al futuro inmediato. Temo que el silencio de Europa sea substituido, no por una voz creadora, sino por las combinaciones de los políticos. La situación no puede ser más incierta y cada vez es más clara la desproporción entre la espantosa grandeza de los medios mecánicos empleados en esta guerra y la penuria ideológica de las Naciones Unidas. Si prosperan, como parece inevitable, las tendencias reinantes, vamos hacia una Santa Alianza, no sé si bendecida o no por el Papa, pero desde luego por Stalin. [...] Sé que Siqueiros ha vuelto. Y que ha fundado un centro de “orientación artística” o algo por el estilo. Es sorprendente, no tanto su cinismo, como la docilidad de los que lo rodean [...] Todas estas cosas —y otras que por sabidas se callan— me afirman en mi deseo de no volver pronto. De soledad a soledad, prefiero la de aquí, en la que me siento más libre. Espero, sin embargo, la aparición de un grupo mexicano y presiento que pronto surgirá. No es fácil, por otra parte, resolver el problema de la literatura mexicana, porque rebasa los deseos y las intenciones personales. Si lo que escribimos está escrito en otro lenguaje y muchas veces en otro planeta, es porque nada nos une al pueblo. No basta recoger su lenguaje, usar su ropa y ni siquiera profesar ideas progresistas, como piensan algunos. Es necesaria una fe común. Creo que lo mismo pasa en casi todos los países (en éste por lo menos). Muertos los ideales católicos, que constituían una fe común, y fracasada o corrompida la revolución liberal, los pueblos de los países latinoamericanos viven una vida ciega y mineral. Sus intelectuales,

en cambio, giran en el vacío. Aquí la distancia no es tan grande, pero existe. Me parece que nunca habían estado tan aisladas las formas culturales (y en primer término las políticas) de las necesidades y de los sueños populares como ahora. ¡Cuántas cosas sin expresar! Y lo terrible es que apenas si acertamos a expresar nuestra propia angustia, nuestra propia impotencia: nuestra soledad.

Éste era el mundo de Octavio Paz en su primer destino diplomático. En él está en germen mucho de lo que después vino. Para que llegara faltaba todavía la soledad que dan la ausencia y la nostalgia; la distancia crítica entre el intelectual y su propia diplomacia; y su próximo destino, París, en la posguerra de 1945, donde el encuentro con André Breton y los surrealistas, con David Rousset, con Kostas Papaioannou, con Albert Camus y, precisamente, con el París liberado en 1944, ciudad focal de los debates intelectuales y políticos de aquellos días, terminaron de preparar al escritor y poeta de *El laberinto de la soledad* y *La estación violenta*. ●

Ciudad de México,
20 de marzo de 2002

- 1 Andrés Ordóñez, *Devoradores de ciudades. Cuatro intelectuales en la diplomacia mexicana*, Cal y Arena, México, 2002, 261 págs.
- 2 Octavio Paz, *Itinerario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, 274 págs.
- 3 Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University, Víctor Serge Papers, caja 1, fóldeo 65.